

Juan 8:1 – 12

Continuando nuestro estudio del evangelio según San Juan, nos corresponde hoy el capítulo 8. Pero antes de entrar en este capítulo 8, quisiéramos decir algo con respecto al capítulo 7. Quisiéramos mostrarle un maravilloso cumplimiento de la profecía. El profeta Hageo, dice en el capítulo 2 de su profecía, versículo 6 al 9: *“Porque así dice Jehová de los ejércitos: De aquí a poco yo haré temblar los cielos y la tierra, el mar y la tierra seca; y haré temblar a todas las naciones, y vendrá el Deseado de todas las naciones; y llenaré de gloria esta casa, ha dicho Jehová de los ejércitos. Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová de los ejércitos. La gloria postrera de esta casa será mayor que la primera, ha dicho Jehová de los ejércitos; y daré paz en este lugar, dice Jehová de los ejércitos.”*

Hageo hablaba aquí en cuanto al templo, el templo que el remanente de Israel construyó cuando regresó del cautiverio. Los ancianos lloraron porque se acordaron de la gloria del templo que había construido Salomón. Hageo los consoló con un mensaje del Señor, de que la gloria de este templo sería mayor que la gloria del templo de Salomón, porque vendría el Deseado de todas las naciones, o sea, el Señor Jesucristo.

Jesús apareció en el templo durante la fiesta de los tabernáculos. Cuando vertieron el agua, alzó la voz diciendo: *“Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba.”* Él es la verdadera gloria que llena el templo. Él es el Deseado de todas las naciones. *“Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros (y vimos su gloria, gloria como del unigénito del Padre), lleno de gracia y de verdad”* (Juan 1:14). Bien amigo oyente, queríamos mostrarle este cumplimiento de la profecía de Hageo, cuando Jesús subió a Jerusalén durante la fiesta de los Tabernáculos y fue al templo.

Pasemos ahora sí, al capítulo 8 de Juan. En este capítulo, Jesús perdona a la mujer adúltera. Antes de que entremos en nuestro estudio de este incidente, vamos a mirar las circunstancias que lo rodean. Los escribas y los fariseos en realidad no querían apedrear a esta mujer adúltera, sino a Jesús. Notaremos al estudiar el discurso que sigue a este incidente, que el verdadero punto en cuestión, era que dudaban el nacimiento virginal y los antecedentes

de Jesús. Ellos alegaban que Abraham era su padre y preguntaron quién era el padre de Jesús, como lo vemos en los versículos 33 y 41. Por fin, Jesús les dice, allá en el versículo 58: *“De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy”* (Juan 8:58).

Traen pues, hasta Jesús esta mujer adúltera, pero la verdadera cuestión que ellos alegaban, era que Cristo había nacido como un hijo ilegítimo. En el Salmo 62, versículo 12, leemos: *“Hablaban contra mí los que se sentaban a la puerta, y me zaherían en sus canciones los bebedores”* (Salmo 69:12). En sus mentes siempre tenían una nube de dudas en cuanto a Jesús, y estamos seguros que los borrachos que caminaban por las calles y que se sentaban en las cantinas en Nazaret, cantaban canciones groseras en cuanto a Jesús y a Su madre. Por tanto, los hallamos preguntándole ahora en cuanto a Sus antecedentes. Ahora, Jesús alega que Dios es Su Padre. No tenía padre terrenal porque nació de una virgen. Jesús presenta ese argumento cuando dice: *“Antes que Abraham fuese, yo soy.”* Está alegando que Él es el Cristo, el Hijo del Dios vivo.

Este incidente de la mujer sorprendida en adulterio, que se encuentra contenido en los versículos 1 al 11, no se halla en algunos manuscritos antiguos y está entre paréntesis en otros. Westcott y Hort lo eliminan de su texto griego. Nestle lo incluye en su texto griego, pero lo pone entre corchetes. No se halla en algunos de los mejores manuscritos pero se encuentra en otros. Nosotros sostenemos que pertenece al texto y que los escribas sinceros dejaron de copiarlo porque simplemente no podían resignarse a aceptar lo que dijo. Por tanto, perdieron una gran verdad espiritual. Creemos que los escribas creían que esto podría enseñar el adulterio y así enseñaría a los hombres a pecar, y por eso lo pusieron en corchetes, o lo pusieron al fin del evangelio. Y por eso lo hallamos de esa manera en algunos de los manuscritos antiguos. Pero creemos que es parte de la inspirada Palabra de Dios, y es por eso que la estudiaremos nosotros. Comencemos pues, leyendo los dos primeros versículos de este capítulo 8 del evangelio según San Juan:

Juan 8:1-2 “. . . sentado él, les enseñaba.”

Ahora, recuerde usted que la noche anterior se había reunido el Sanedrín y que había allí una división de opinión en cuanto a si Jesús era el Mesías o no. Nicodemo por su parte, le había defendido. Todos se habían ido a sus casas, pero nadie le convidó a Jesús a quedarse en su casa. Temprano entonces, por la mañana, Jesús regresó a Jerusalén y volvió al templo, donde se sentó para enseñar. Continuemos con los versículos 3 y 4:

Juan 8:3-4 “. . . acto mismo de adulterio.”

No podemos pensar en algo que pudiese ser más crudo, rudo o brutal, que este acto de estos principales religiosos. Y amigo oyente, tememos que hoy en día, muchos que se jactan de ser fundamentalistas, actúan en forma similar. Nuestro Señor estaba sentado en el templo enseñándole al pueblo. Debe haber habido un gran alboroto allá afuera, y luego aparecieron estos principales religiosos acompañados por la gritería del populacho, trayendo a esta mujer con su cabello despeinado y resistiéndose a ellos. Es seguro que la actitud de ella era muy desafiante. La multitud en el templo naturalmente se volvió para ver lo que estaba ocurriendo, y vemos que trajeron a esta mujer hasta el mismo grupo que el Señor Jesús está enseñando. Y allí la arrojaron con fuerza al suelo y luego lanzan su cruda acusación.

“Esta mujer ha sido sorprendida en el acto mismo.” Es culpable, no hay duda de eso. Y lo que ella hizo fue pecado. Nuestro Señor le dijo a ella: “*Vete, y no peques más.*” Sin embargo, ellos no tenían ningún derecho de poner al descubierto su pecado delante de una multitud, donde ella estaría en peligro de sufrir la violencia por parte de ellos. Y bien sabían la ley. Allá en Levítico, capítulo 20, versículo 10, dice: “*Si un hombre cometiere adulterio con la mujer de su prójimo, el adúltero y la adúltera indfectiblemente serán muertos*” (Levítico 20:10). Ahora, ¿Dónde estaba el hombre? Estos líderes religiosos eran tan malos como la mujer misma. Continuemos pues, con los versículos 5 y 6:

Juan 8:5-6 “. . . escribía en tierra con el dedo.”

No se puede argüir en cuanto a eso. Tenían razón en cuanto a la ley de Moisés y no hay ninguna manera de modificarla. Esta mujer, debía ser apedreada. Y le presentan un dilema a

Jesús. ¿Contradirá a Moisés? ¿Dirá otra cosa? ¿Ofrecerá otra explicación? Hicieron esto para tentarle, a fin de que pudieran acusarle. En realidad, no tenían interés en apedrear a esta mujer. Lo que querían era apedrear a Jesús. Y nuestro Señor lo sabía, como dice en el capítulo 2, versículo 25 de este mismo evangelio: “. . . *El no tenía necesidad de que nadie le diese testimonio del hombre, pues él sabía lo que había en el hombre*” (Juan 2:25).

Esta escena es muy interesante. Arrojan a esta mujer desafiante delante de Él. La multitud no tenía ningún respeto hacia ella y la miran maliciosamente. Aumentan su humillación. Ella pues, era culpable. Pero aún si lo fuese, ésta no era excusa para tratarla de esta manera. El hecho es que Jesús despide el caso. No se juntará con los que la acusan. Ni aún la mirará para aumentar su pena. Él se agacha y escribe exactamente como si ni aún los oyera.

Este es el único registro que tenemos de que Jesús haya escrito algo. Cristo es el personaje sobre el cual más libros se han escrito, en pro y en contra, más que cualquier otro hombre que jamás haya vivido. Y sin embargo, aparentemente El nunca escribió nada sino esto, en la tierra del suelo del templo. El viento o los pies de la multitud lo borró. Pero, ¿Qué escribió Jesús? Bueno, no lo sabemos. Pero vamos a decirle lo que creemos que escribió.

En el Salmo 90:8 leemos: “*Pusiste nuestras maldades delante de ti, nuestros yerros a la luz de tu rostro*” (Salmo 90:8). El pecado oculto acá en la tierra es un escándalo descubierto en el cielo. El profeta Jeremías, dice en el capítulo 17 de su profecía, versículo 13: “*¡Oh Jehová, esperanza de Israel! todos los que te dejan serán avergonzados; y los que se apartan de mí serán escritos en el polvo, porque dejaron a Jehová, manantial de aguas vivas*” (Jeremías 17:13). Ahora, ¿quién había dejado al Señor? ¿Esta mujer? Sí, ella le había dejado. Pero, ¿Qué de esos líderes religiosos? Bueno, ellos también le habían dejado. Sus nombres serán escritos en el polvo. Esto es lo que nosotros creemos que escribió.

Creemos que escribió el nombre de una mujer que vivía allá en Roma. Un viejo fariseo piadoso había tenido una relación amorosa en Roma cuando era joven. Su esposa no lo sabía; ninguno en Jerusalén lo sabía. Pero nuestro Señor conocía a ese individuo. Simplemente



Juan

Programa No. 0276

escribió el nombre de la mujer, y al venir para ver lo que había escrito Jesús, el viejo fariseo de repente se acordó que tenía cita para estar en otra parte.

Uno de los escribas visitaba con frecuencia a Éfeso, y allí había cierta dirección, la cual Jesús escribió también sobre el polvo. Ahora, el escriba la vio escrita y dijo: “¡Caramba!” y se fue. Otro escriba abandonó a una joven en Galilea estando embarazada, pero él no se había casado con ella, y él creía que nadie sabía nada sobre este asunto. Creemos que el Señor escribió el nombre de la joven y junto al nombre de ella, el nombre del escriba. Ahora, permítanos amigo oyente, decirle por qué creemos que Jesús pasó lista aquel día. Bueno, leamos los versículos 7 al 9:

Juan 8:7-9 “... y la mujer que estaba en medio.”

Jesús da los requisitos para ser juez. Y esto es algo que todos nosotros necesitamos. Podemos tener el derecho de ser jueces de otros, con tal que cumplamos el requisito, y este requisito es la impecabilidad. Y amigo oyente, yo no sé en cuanto a usted, pero eso me quita de una vez por todas, el oficio de arrojar piedras. ¿Qué le parece a usted?

Un viejo comentarista escocés dice en cuanto a este incidente de la mujer adúltera, que los viejos salían primero porque tenían más juicio que los jóvenes. Los jóvenes se quedaron hasta cuando vieron su propio nombre y luego por fin cayeron en cuenta, y también salieron. De modo que no hubo ni un solo hombre que se quedara para apedrear a esta mujer, con la excepción de uno, y ese fue Jesús. El sí pudo haberla apedreado. Todos los demás se habían ido. ¡Qué hipócritas. Bueno, continuemos leyendo los versículos 10 y 11 de este capítulo 8 de San Juan:

Juan 8:10,11 “... y no peques más.”

Esta mujer era culpable de pecado y según la ley de Moisés, allá en Levítico capítulo 20, versículo 10, una adúltera debía ser apedreada. ¿Estaba entonces Jesús anulando el sistema mosaico? Claro que no. Él estaba poniendo Su cruz entre la mujer y su pecado. Este, que es

el Hijo de la virgen, que se vio asediado por una nube de incrédulos, va a la cruz aún para cubrir el pecado de esta mujer. ¡Vino al mundo para ser Salvador!

Son muchos los que creen que se pierden porque han cometido cierto pecado. Si usted, amigo oyente, es uno que los que cree esto, tenemos noticias para usted. Uno no se pierde por ser asesino, ni por ser mentiroso, ni por ser ladrón, ni adúltero, ni por cometer otros pecados. Una persona se pierde sólo porque no cree en Jesucristo. Jesucristo perdona los pecados, todos los pecados. Él es el Salvador. Murió por todos los pecados del mundo. Cualquier persona que acuda al Salvador, será perdonada. No importa cuál sea su pecado.

¡Qué regalo más glorioso y maravilloso tiene Dios para usted! La vida eterna se encuentra en Cristo Jesús. El perdón del pecado se halla en Cristo Jesús. Damos gracias a Dios por el privilegio de predicar Su Palabra y de poder llevar este mensaje a los que están cargados del pecado.

Y llegamos ahora, al discurso después de la fiesta. Notemos que Jesús con frecuencia sigue este método. Después de un incidente o un milagro, El da un discurso sobre ese tema. En este caso, la fiesta de los tabernáculos terminaba con una procesión de antorchas, y por tanto Jesús se aprovecha de esta oportunidad para dar un discurso. Es importante ver que Él toma estos actos simbólicos que se realizaban durante todo el tiempo del Antiguo Testamento , y se los aplica a Sí mismo. Leamos el versículo 12:

Juan 8:12 “... tendrá la luz de la vida.”

“YO SOY.” Jesús usó esta frase muchas veces. En el Antiguo Testamento, Jehová es el “YO SOY EL QUE SOY,” según Éxodo, capítulo 3, verso 14. Francamente, en el tiempo del Antiguo Testamento no sabían tanto en cuanto a Dios. Sabían que tenía existencia propia, que tenía toda sabiduría, y todo poder. El Señor Jesús vino a esta tierra no sólo para redimir al hombre, sino también para revelar a Dios al hombre. Jesús da mucha información en cuanto a quién es Dios. Se sirve de las cosas comunes como el pan, la luz, y el agua, para hablar de lo admirable. Se sirve de lo ordinario para hablar de lo extraordinario; de lo físico para hablar de



Juan

Programa No. 0276

lo espiritual; de lo temporal para hablar de lo eterno; de lo presente para hablar de lo futuro; de lo terrenal para hablar de lo celestial; de lo limitado para hablar de lo ilimitado; y de lo finito para hablar de lo infinito.

Como usted ve, amigo oyente, el conocer a Dios como Uno que tiene existencia propia, todavía no nos revela mucho. Existe sin tener que respirar, comer, ni beber. Pero estas cosas sí son necesarias para sostener la vida en nosotros. Jesús nos da una revelación de Dios cuando nos dice que Él es el Pan, que Él es el Agua, y que Él es la Vida. Entonces comprendemos que Dios no tan sólo tiene existencia propia, sino que también suple todas nuestras necesidades. Escuche usted algunas de las alegaciones de Cristo. En el capítulo 6 de este evangelio de Juan, versículo 35, Él dijo:

Juan 6:35 “Yo soy el pan de vida.”

En este capítulo 8, versículo 12 que acabamos de leer, dice:

Juan 8:12 “Yo soy la luz del mundo.”

Luego, en el capítulo 10, versículo 7, encontramos estas palabras:

Juan 10:7 “Yo soy la puerta de las ovejas.”

Y en el versículo 9 del mismo capítulo 10:

Juan 10:9 “Yo soy la puerta”

Luego el versículo 11 dice:

Juan 10:11 “Yo soy el buen pastor.”

En el versículo 25 del capítulo 11, Él dice:

Juan 11:25 “Yo soy la resurrección y la vida.”

En el capítulo 14, versículo 6 de este evangelio de Juan, Él dice:

Juan 14:6 “Yo soy el camino, y la verdad, y la vida.”

Y allá en el capítulo 15, versículo 5 de este evangelio de Juan, Él dice:

Juan 15:5 “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos.”

Ahora, volviendo al versículo 12 que hemos leído, notamos que Jesús está diciendo: “Yo soy la luz del mundo.” Acaba de exponer el pecado de los escribas y los fariseos, que le habían traído a esta mujer sorprendida en adulterio. Eran tan culpables como ella, pero ellos tuvieron que huir. Cuando uno prende la luz, todas las ratas, los murciélagos, y los chinches, salen corriendo. Porque la luz expone el pecado, y es por eso que los escribas y los fariseos tuvieron que salir.

Jesús dice que Él es la luz, y esta es la alegación o la declaración más elevada que ha hecho acerca de Sí mismo, hasta aquí, en este evangelio de Juan. Una de las definiciones de Dios es que Él es luz, según lo leemos en la primera carta del apóstol Juan, capítulo 1, versículo 5. Es perfecto en Su santidad y en Su justicia. Aun la luz física es una de las cosas tanto más complicadas, como una de las cosas más esenciales para nosotros. ¿Quién en verdad sabe lo que es? Algunas veces funciona como ondas y otras funciona como partículas de materia. Lo sobresaliente es que los hombres, actuando sobre estas dos definiciones o principios, han podido lograr invenciones y descubrimientos extraordinarios. Algunos dicen que las dos cosas son verdad, y sin embargo, hay otros que dicen que ambas no pueden ser verdad. ¿Es la luz la ausencia de tinieblas? ¿O son las tinieblas la ausencia de la luz? Decimos que un cuarto se llena de luz. ¿Qué queremos decir? ¿Pesa más cuando se llena de luz?

Pues bien, no comprendemos la luz, y es cierto que un niño no comprende la luz, pero sí sabe lo suficiente en cuanto a ella, como para encender la luz para que haya luz al entrar en un cuarto. Jesucristo es la Luz del mundo. Él es la luz espiritual. Así como el sol es la luz física de este mundo, así la luz espiritual de este pobre mundo es Jesucristo mismo. Y como a un pequeñito le es posible tener suficiente juicio como para entrar en la luz, así el pecador hoy en día, aunque sea necio y vagabundo, puede entrar en la presencia del Señor Jesucristo.

Hay quienes que niegan que Cristo es la Luz del mundo. Están caminando en la luz de la luna. Ahora, la luna no tiene luz propia, sino que deriva su luz y la refleja del sol. Esta civilización en la cual vivimos hoy en día, lo debe todo a Cristo. Los hospitales, los orfanatos, la consideración de los pobres, los derechos del obrero; todos reflejan al Señor Jesucristo. Uno de los motivos por el cual tenemos tantos problemas hoy en día en nuestra civilización, es que nos hemos desviado tan lejos de la luz. El mundo simplemente anda en la luz de la luna. Sin embargo, el Señor Jesús extiende Su invitación. Él dice: “. . . *el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.*”

Y amigo oyente, si usted quiere encontrar la verdadera luz que ilumine su vida completamente, le exhortamos a que en este mismo momento, usted acuda a Cristo Jesús y le reciba en su corazón como su Salvador personal. Solo entonces, su vida irradiará la verdadera luz que El da a cuantos en El confían. Es nuestra oración que la luz de Cristo, brille en usted desde ahora y para siempre. Hasta pronto.